

al mismo tiempo sobre el presente litigio y sobre la relacion entre la psicología y la filosofía positiva, muestra una vez más el desacuerdo entre las dos concepciones del mundo y cierra la discusion.

Hé aquí á M. Mill *positivamente* excomulgado por M. Littré, excomunion que no era necesaria cuando el primero se colocó oportunamente fuera del gremio comtista. Por lo demás, el semiateísmo del uno y el ateísmo franco y declarado del otro, manifiestan sin dar lugar á duda, el extremo inevitable á que conduce el método experimental aplicado en los dominios de la filosofía, siendo de advertir que en este punto las conclusiones radicales de Littré tienen un enlace lógico más estrecho con el principio de que parte. Dejando á un lado, empero, esta cuestión, concluirémos haciendo notar que, conocidas las profundas divergencias que sobre puntos capitales separan de Comte á Mill, y despues de las explícitas declaraciones del ultimo, no es posible, sin incurrir en contradiccion, el traer á un debate las autoridades incompatibles de ámbos como apoyo de la misma doctrina, lo cual funda la necesidad imperiosa en que están nuestros positivistas de fijar su posicion con toda claridad, puesto que es lógicamente imposible ser al mismo tiempo discípulo de Comte y de Spencer, de Mill y de Littré.

J. M. VIGIL

AUGUSTO COMTE.

NACIÓ este filósofo francés en 1798 en Montpellier, hizo sus estudios en el colegio de esta ciudad y entró en 1814 á la Escuela Politécnica, de donde tuvo que salir á consecuencia de un acto de indisciplina, ántes de haber concluido su curso de dos años. En 1818, cuando vivia dando lecciones de matemáticas, se relacionó con Saint-Simon, cuyas opiniones adoptó desde luego; pero en 1822 se separó del célebre socialista, declarando que su encuentro habia sido para él una desgracia sin compensacion. Este rompimiento, que parece haber tenido origen en disgustos de amor propio, ocasionados por el espíritu de dominacion del maestro y la indocilidad del discípulo, estalló con motivo de la publicacion de un opúsculo de Comte, intitulado: *Sistema de política positiva* (1822), en que el joven reformador enunciaba las leyes de la evolucion social, que á los ojos de sus discípulos, son una de sus más bellas concepciones. No por eso dejó de dar varios artículos al *Productor*, y apremiado por dificultades que habia agravado su matrimonio, trató de abrir en 1826 un curso de filosofía positiva.

REVISTA—2 10

Sus trabajos excesivos, sus debates con los sansimonianos, una especie de manía orgullosa que le hacia reconocer en todas partes como suyas, ideas que se desesperaba al vérselas arrebatarse, determinaron en Comte un primer acceso de enagenacion mental (1826). Pudo, sin embargo, continuar su curso en 1828, y reunió cierto número de discípulos, varios de los cuales se alejaron luego por el carácter despótico de un maestro que les decia: "No concibo asociacion sin el gobierno de alguien." En 1832 fué nombrado pasante, y poco despues examinador de admision en la Escuela Politécnica, donde aspiró en vano á obtener una cátedra, siendo preferido M. Sturm, por lo cual conservó un profundo resentimiento contra Arago, quien no se arrepintió, sin embargo, "de haber preferido, dice, un ilustre geómetra, al concurrente en que no veía títulos matemáticos de ninguna especie, ni grandes ni pequeños."

Comte prosiguió entónces la publicacion de su *Curso de filosofía positiva*, cuyo sexto y último volumen apareció en 1842. La pérdida de su empleo de examinador en la Escuela Politécnica le hundió de nuevo en la penuria, viviendo desde entónces en parte con los subsidios que le suministraban sus discípulos, y que aceptaba como el cumplimiento de un simple deber social. Muy adictos los tenia en Inglaterra y Francia, y entre ellos hombres del mayor mérito como MM. Grote, Mill, de Blainville, Littré y Robin, que no consintieron, sin embargo, en seguirle en su última evolucion. En efecto, desde 1845, Comte, bajo la influencia de algunas perturbaciones nerviosas que hicieron temer la vuelta de su primera enfermedad, y en el ardor de un sentimiento apasionado, se entregó cuando ménos se pensaba á contemplaciones místicas, ofreciendo el singular espectáculo de un hombre que habia cifrado toda su gloria en establecer científicamente que habia desaparecido la era de las religiones para hacer lugar á la de las ciencias positivas, y que ahora no sólo proclamaba la necesidad de un culto, sino que aspiraba á ser su legislador y gran pontífice.

Muchos de los que habian aplaudido al filósofo, se rehusaron á sancionar con su asentimiento las extrañas ilusiones del sacerdote de la humanidad, y la publicacion del *Sistema de política positiva* (1851), que establecia la nueva religion y predicaba el absolutismo, affigió á la mayor parte de sus discípulos, que protestaron en nombre de los principios mismos y "del método objetivo." No por eso le fueron ménos adictos de corazon, y despues de su muerte, acaecida en 1857, no han cesado de manifestarle el más profundo respeto, creyendo todos con M. Littré "que fué iluminado por los rayos del génio, y que merece un gran lugar al lado de los más ilustres cooperadores de esa vasta evolucion que se llevó el pasado y que traerá el porvenir." No es este el lugar de examinar si Comte debe ser contado en el número de los grandes filósofos; preciso es juzgarle por su doctrina, y esa doctrina, como se sabe, es el *positivismo*, que merece ser examinado aparte.—E. CHARLES, rector de la Academia de Clermont-Ferrand.

opongo una proposición del todo diferente ó una negación directa; y lo que hago ahora, lo he hecho siempre, desde que tuve conocimiento de sus escritos?" ¿Y todavía supondreis...? Pero Santo Tomás de Aquino y Duns Scott son llamados escolásticos á pesar de las profundas diferencias que los separan; es verdad; ¿y se seguirá de aquí que se les puede aplicar á ámbos el calificativo de *tomistas*? Pero entre un inglés y un hontote hay grandes diferencias, y, sin embargo, son hombres; es cierto, de lo cual no se infiere que uno y otro deban ser colocados en la misma raza. Acatemos el principio fundamental de clasificación, colocando en el mismo grupo personas ó cosas que se parezcan más entre sí que á personas ó cosas de otro grupo; y ¿cómo aplicaremos ese principio al caso presente? Colocando á Spencer y á Comte en el grupo de los empíricos, de los sensualistas, que es el género común en que se hallan comprendidos como especies, y no convirtiendo en género á una especie respecto de su coordinada, que es lo que trata de efectuar nuestro inteligente colega.

La antigua teoría de la extensión y de la comprensión, que como profesor de lógica conoce perfectamente el Sr. Dr. Parra, nos dispensa de entrar en más pormenores. Que el positivismo, entendido como nosotros lo entendemos de conformidad con Spencer y Littré, reduzca esta escuela al Dr. Robinet, á quien no detiene ninguna dificultad ni espanta ningún absurdo, según la expresión de Mill; á Mr. Laffite y otros menos conocidos, no es culpa nuestra. Grande, sin duda, es el respeto que nos merece nuestro colega, pero en este punto nos parecen más autorizadas y más conformes con la verdad las opiniones de Comte, de Spencer, de Littré y de Mill, que la del Sr. Dr. Parra, y ciertamente que aquellos filósofos han estado muy lejos de reducir la filosofía positiva á simple cuestión de método, ó valiéndose de los términos escolásticos empleados por nuestro colega, han visto el negocio no solo *formaliter*, sino *materaliter*, pues consideraron seguramente que de haberse detenido en lo primero habrían representado un papel bien insignificante en la historia de la filosofía.

Muy lejos estamos de exigir que los positivistas sean infalibles; pero si creemos que hay derecho á pedir resultados científicos ciertos y *positivos*, á quienes se presentan ofreciendo con tales caracteres una nueva reconstrucción de todos los conocimientos humanos mediante la infalibilidad de su método. Nuestro colega se detiene á examinar el origen de las diferencias entre Comte y Spencer; procura atenuarlas y casi hacerlas desaparecer, en contra del sentir de este último; pondera las dificultades de su método y aquellas con que tropezaron en sus investigaciones Newton, Leibniz y Galileo; está bien; será todo lo que se quiera; pero eso, lo único que prueba es que el positivismo no merece todavía el título de escuela filosófica; que no ha dado ninguna solución verdaderamente científica á los problemas que se propone resolver; que sus ensayos en este sentido han sido hasta ahora poco afortunados, y que dependiendo del éxito de esos ensayos la comprobación de las excelencias de su procedimiento, su escuela queda reducida á una simple tentativa, cuya esterilidad puede ser predicha por cualquiera que tenga una ligera cultura filosófica y comprenda por lo mismo las cuestiones de que se trata. Esperamos que después de esto nuestro colega quedará convencido de que si hemos dado más amplio desarrollo á nuestras primeras observaciones, no es por el vano deseo de dis-

putar, sino porque su contestación, trabajosamente elaborada, ha contribuido á corroborar el concepto que tenemos formado de una escuela que no resiste al análisis filosófico, y cuya adopción en la enseñanza de la juventud tiene que ser funesta como todo lo que se aparta de la verdad y de la naturaleza.

La Libertad publicó un artículo sobre el estado actual de la Escuela Preparatoria, en que se lamenta de algunas reformas, introducidas en aquel establecimiento, y que califica de desacertadas. En dicho artículo hallamos las siguientes palabras: "No queremos pasar por alto una innovación que aunque al parecer de mero detalle desfigura totalmente el lema fundamental que la Preparatoria prohijó; ese lema consta de las palabras: *amor, orden y progreso*, y un innovador mal aconsejado substituyó la primera por la voz *filantropía* que carece de la generalidad de aquella. La filantropía es una especie en el género amor, no comprende multitud de afectos que como los de la familia son la base del orden social; por tanto sin restringir considerablemente la extensión del lema, y sin privarle de su importancia, no puede hacerse tal substitución que prueba de nuevo el empeño de substituir con una noción especial, una general."

A los pocos días, el mismo periódico impugnó en una revista algunas apreciaciones del artículo mencionado, diciendo lo siguiente sobre el párrafo que dejamos transcrito: "La cuestión del lema, es, perdonenos nuestro querido colaborador, insignificante: la palabra *filantropía*, puesta de moda por la filosofía del siglo pasado, no excluye el amor de la familia; es el amor de la humanidad entera, es la *religion del Sér Supremo, humanidad, enseñada por Comte*. Que ese sentido religioso no es el que se le ha querido dar al colocarlo, no dirémos acertada, pero sí inofensivamente, como el primer término de la divisa clásica de la Escuela Preparatoria, es evidente. Y nosotros, sean cuales fueren nuestras simpatías filosóficas, aplaudimos todo cuanto quite á esa admirable institución su carácter de templo ó basílica de una secta, con la misma convicción con que combatimos y combatirémos cuanto desvirtúe la idea fundamental sobre la cual fué informada. Nosotros quisiéramos que los ardientes apóstoles del positivismo mexicano, se convencieran de que así como el campo les está abierto para propagar su sistema, como filosofía, fuera de las instituciones escolares sostenidas por la Nación, dentro de éstas les está vedado presentar la cuestión con otro carácter que el de un método superior, de un método verdadero, científico en una palabra, sin espíritu estrecho de proselitismo, de polémica y de exclusivismo. Cuando la revista de nombres y atavíos, que la clasifican en el número de las iglesias filosóficas que se disputan el dominio de las almas, su teatro no es la cátedra neutral, que ni es religiosa ni antireligiosa, sostenida por el gobierno. Cambie de aspecto, preséntese tal como es en el fondo, como un sistema incomparable de instrucción científica, y entonces su plaza queda marcada en la enseñanza y su triunfo asegurado en el porvenir."

En la obstinada reserva que guardan nuestros positivistas sobre el matiz á que pertenecen entre los muchos que presenta su escuela, tienen una verdadera importancia los párrafos arriba citados, pues por ellos sabemos que los positivistas mexicanos son comitistas *pur sang*, que han seguido al sumo pontífice de la escuela hasta lo que Mill y Littré llamaban sus *enormidades*, hasta la religion de la humanidad, hasta la adoración del Gran Fetique. Sabemos también que en el positivismo hay que distinguir dos cosas;

el método y la filosofía, que lo primero es lo que debe enseñarse únicamente en los establecimientos oficiales, de donde hay que desterrar la segunda, clasificada en el número de las iglesias filosóficas que se disputan el dominio de las almas. Esta doctrina, en completo desacuerdo con el Sr. Dr. Parra, que no ve en el positivismo más que el método, envuelve la condenación de la enseñanza filosófica que por muchos años se dió en la Escuela Preparatoria. Por lo demás, tendríamos curiosidad de saber cómo se puede enseñar el método sin la filosofía, cómo se puede abstraer la forma de la materia que contiene, cómo se puede ser positivista á medias, y cómo puede ser completa una enseñanza que se queda en los preliminares, reservando la parte trascendental de la doctrina para los iniciados.

El Sr. profesor D. Luis E. Ruiz ha comenzado á publicar en el folletín de la *Libertad* una obra intitulada *Nociones de lógica*. Perteneciendo el Sr. Ruiz á la escuela positivista, es seguro que no estaremos de acuerdo con sus ideas, lo cual no es obstáculo para que digamos anticipadamente que el nuevo libro será interesante, pues tenemos un alto y merecido concepto del talento é instrucción del joven autor. *La Libertad* publicó con este motivo un artículo en que hallamos dos aseveraciones que creemos necesario rectificar: la una es que la *Lógica* de Tiberghien es un libro polémico destinado á la propaganda de determinado dogma religioso, el panenteísmo. Esto no es exacto; no siendo el panenteísmo dogma religioso, como el Gran Fetique por ejemplo, sino sistema filosófico, que no ataca á ninguna religion positiva, malamente puede decirse que la obra de Tiberghien está destinada á la propaganda de un dogma religioso que no existe. La otra aseveración es que la junta de profesores de la Escuela Preparatoria desechó entre otras por la razón indicada el texto krausista, "expresando el *desideratum* de que se encontrase un texto breve y simple, que exponiendo el verdadero método científico, no contuviese ataque alguno á las creencias científicas y religiosas de cualquier género que fueren." Esto tampoco es exacto; la junta de profesores no desechó el libro de Tiberghien; lo que sucedió fué que no conociéndole la mayor parte de los profesores, se abstuvieron de dar su voto, nombrándose entónces una comisión para que presentase dictámen sobre este negocio. Tampoco es exacto eso del *desideratum*, porque sabiendo lo que para *La Libertad* significa "el verdadero método científico," equivaldría á buscar un texto positivista que no atacase ninguna creencia religiosa, lo cual implica contradicción.

Por lo demás, no dejan de ser edificantes los escrúpulos religiosos de los sectarios de Comte contra Tiberghien: nó, la conciencia timorata de nuestro colega puede quedar perfectamente tranquila; ninguna creencia religiosa tiene que temer nada de un sistema que establece sobre bases filosóficas inquebrantables la existencia de Dios y del alma humana; en cuanto á las creencias científicas, como nadie las conoce todavía, no pueden ser atacadas por el sábio filósofo de Bruselas. Es raro que el celo constitucionalista de nuestro colega, que corre parejas con su celo religioso, no se haya alarmado ante el peligro que corren las instituciones con una filosofía que admite las nociones racionales de la libertad y el derecho, cuando nada podría prestar más sólido apoyo á la ley fundamental, que una escuela que profesa horror instintivo á las *aglomeraciones de metafísica*.

J. M. VIGIL.

EMILIO LITTRÉ.

LA FILOSOFÍA POSITIVA, SUS TRASFORMACIONES, SU PORVENIR.

SEA cual fuere la suerte del positivismo, ora subsista en sus grandes rasgos, ora vaya á resolverse, como creo, en doctrinas más radicales y simples, quedará ligado á su origen y fortuna el nombre de M. Littré. Aquí tambien, lo mismo que en las demás regiones intelectuales en que ha dejado señaladas sus huellas, la erudición, las ciencias fisiológicas y médicas, la historia de las lenguas y de las literaturas, no se le puede atribuir el carácter de inventor. En ninguno de los dominios intelectuales en que se ejerció su robusta voluntad, se revela lo que forma la gran dote en todas materias, la iniciativa de las ideas. En los diversos senderos á donde le ha llevado su actividad aventurera, ha encontrado esas ideas, pero como por casualidad; no las descubre de su propio fondo, las descubre en los otros, á veces algo tarde; pero entónces se apasiona de ellas con una especie de grave entusiasmo; se las asimila; les pone el sello poderoso de la sinceridad y las extiende con un celo de neófito que por el ardor de la propaganda quiere recuperar el tiempo perdido. De una vez y al mismo tiempo, para asimilárselas mejor, las adapta á la forma de su espíritu, las modifica para mejor defenderlas, y ejerce sobre ellas un derecho de selección, abandonando lo que no le parece útil sostener, conservando lo que estima esencial, como sólido y respetado crítico, como infatigable apologista.

Tal es en compendio su encuentro y relaciones con el positivismo. Despues de ignorar largo tiempo la filosofía de M. Comte, traba con ella conocimiento en la plenitud de la vida y cuando dicha filosofía llevaba ya catorce años de existencia; desde ese dia se la asimila, y dedica todo el resto de su vida á exponerla, á sostenerla con una perseverancia que revelá profundas convicciones, sacándola de autoridad propia del nuevo camino en que se extraviaba tras un jefe audaz y ofuscado. ¿Puede decirse que en todo

México, Junio 1° de 1882.

Con el título de *La pseudo-anarquía* (*) *positivista*, nos dedica nuestro apreciable colega el *Positivismo* veintiuna columnas de su interesante publicacion, que hemos leído con la atención especial que consagramos á todos sus trabajos. Grande fué, sin embargo, nuestro desencanto al terminar la lectura, pues solamente hallamos en ese extenso artículo, una série de variaciones sobre un mismo tema, tema que por otra parte está muy léjos de ofrecer el carácter de un axioma indiscutible. Poco trabajo nos costará señalar las graves equivocaciones en que ha incurrido nuestro inteligente adversario, y que indudablemente proceden del resbaladizo terreno en que le coloca la misma doctrina que defiende. Comienza por darnos una idea de lo que entiende por *positivista* y *positivismo*: lo primero es una descripción del carácter moral, que no siempre se ajusta en todas sus partes á los adeptos de la escuela comtista; lo segundo contiene el siguiente concepto que nos ha llamado fuertemente la atención: "El positivismo, más que un sistema, más que una doctrina es un método, y en ese sentido le tenemos completa confianza." Decimos que nos ha llamado fuertemente la atención semejante concepto, porque en primer lugar, si el positivismo no significa propiamente una doctrina, un sistema filosófico, sino simplemente un método, y este método es el experimental, no habia necesidad de inventar una nueva palabra, cuando de muy antiguo teniamos *empirismo* para significar una cosa no ménos antigua. En segundo lugar, por esa definición nuestro colega se separa de la escuela de que se proclama defensor; en efecto, ni Comte, ni Littré, ni Mill han entendido tal cosa por positivismo, y precisamente en el segundo artículo que hoy publicamos sobre la anarquía positivista, puede verse que si Mill y Littré están en desacuerdo, como de costumbre, acerca de la definición de la filosofía positiva, ninguno de ellos, sin embargo, pensó reducirla á las exiguas proporciones que le señala nuestro colega. De paso observaremos que esa nueva divergencia que vendria á colocar á los positivistas mexicanos en un departamento distinto, aumentando así la deplorable anarquía que está minando los cimientos de la nueva escuela, explica el afán de colocar bajo la misma denominacion á filósofos que sólo tienen de comun el carácter de empíricos.

(*) Parece que esta palabra pertenece á la misma familia de cierto *fobeo positivismo* que se nos apareció por ahí en dias pasados.

Con un sentimiento poco *altruista* comienza nuestro colega atribuyéndonos un sofisma, que reviste con la forma de un silogismo vicioso, el cual, aunque seria seguramente rechazado por Santo Tomás y San Buenaventura, tal vez hallaria cabida en la lógica positivista de Stuart Mill, cuya teoría silogística difiere algo de la de Aristóteles. Pero, en fin, sintiéndonos libres de semejante pecado, todo ello se reduce á una fantástica lucubracion de nuestro colega. Lo que hemos dicho es que la contradiccion, el antagonismo entre autores que adoptan la misma base, que establecen el mismo punto de partida y emplean el mismo método en la construccion de sus sistemas filosóficos, están probando que esa base, ese punto de partida y ese método, adolecen de un vicio radical, el de ser inadecuados al objeto á que se aplican. Este raciocinio sencillo, que cualquiera comprende fácilmente, ha sido convertido por el Sr. Dr. Parra en un silogismo en *iii* de la segunda figura, resultando una argumentacion defectuosa que pone en seguida á nuestra cuenta; pero no es ésto lo exacto; si quisiéramos reducir el párrafo citado á una forma escolástica, tendríamos un simple silogismo en *Darii*, modo perfectamente legítimo como lo sabe cualquiera que ha estudiado un poco la lógica. Nuestro colega, sin embargo, podria negarnos la mayor oponiéndonos su ingeniosa comparacion de Lagrange y el labriego; pero contestariamos en tal caso que nosotros suponemos que ámbos calculadores están á igual altura, por la consideracion que nos merecen los autores de que se trata; pero si no es así, deseariamos que el *Positivismo* tuviera la bondad de decirnos quién es Lagrange y quién es el labriego, hablando de Comte y H. Spencer. A ésto se concreta, efectivamente, la salida que busca el Sr. Dr. Parra á las divergencias capitales de sus maestros: el método, se nos dice, es bueno; las faltas consisten en el mal uso que de él se hace; pero, repetimos, que afirmar tal cosa es cometer una peticion de principio, dar por sentado lo mismo que se discute, establecer *a priori* una doctrina que luego es desmentida *a posteriori*.

El colega quiere que le digamos *por qué* el método experimental, excelente para las ciencias de observacion, en que se estudia simplemente lo que es, no puede ser aplicable á las ciencias filosóficas y morales en que se establece lo que debe ser; y *por qué*, eliminar las concepciones *a priori* para construir luego *a posteriori* las ciencias que en ellas se fundan es una empresa radicalmente defectuosa. Pues señor, el *por qué* de eso está puesto en que no es lo mismo lo que es y lo que debe ser, en que no son lo mismo los hechos y los principios, en que no es lo mismo *a priori* y *a posteriori*, en que no es lo mismo la razon y la experiencia. Sabemos bien que los positivistas eliminan uno de esos extremos; pero aquí está precisamente el vicio radical de que adolece su sistema, vicio que viene á ponerse de manifiesto con la anarquía de opiniones en que han caido sus maestros, y con la perfecta esterilidad de sus resultados en el orden filosófico.

Empeñado está el *Positivismo* en seguir llamando positivista á H. Spencer y en suponer de leve momento las diferencias de opinion que le separan de Comte; pero, colega, ¿habeis olvidado que el mismo Spencer ha dicho, refiriéndose á Comte: "Si hay que admitir su propia definicion del positivismo, como segun yo, lo que él llama positivismo es de una imposibilidad absoluta, es claro que yo no puedo ser lo que él llama un positivista?" ¿Olvidais que el mismo Spencer asienta: "A cada proposicion (de Comte)